

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE  
INVESTIDURA DOCTOR «HONORIS CAUSA»

HE DON

ERNESTO CARDENAL

UNIVERSIDAD DE GRANADA

MCMXI

# DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE  
INVESTIDURA DOCTOR «HONORIS CAUSA»

DE DON

ERNESTO CARDENAL

UNIVERSIDAD DE GRANADA  
M C M X C I

b13366750  
i15308431

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL  
GRANADA

Sala: \_\_\_\_\_

Estante: \_\_\_\_\_

Numero: \_\_\_\_\_

# DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN EL ACTO DE  
INVESTIDURA DOCTOR «HONORIS CAUSA»

DE DON

ERNESTO CARDENAL



UNIVERSIDAD DE GRANADA  
M C M X C I

Excmo. Sr. Rector.  
Querido Doctorando.  
Señores Profesores y profesoras.  
Señores alumnos y alumnas.

Ni que decir tiene que es para mí un honor, quizá inmerecido, el oficiar aquí como padrino de una entrañable personalidad, figura indiscutible de las letras hispánicas, pero también referencia histórica imprescindible ya –a pesar de la buena salud que nos demuestra– para cualquier aproximación a los avatares de nuestro mundo contemporáneo.

Porque, efectivamente, Ernesto Cardenal, nacido en Granada (Nicaragua) en 1925 –feliz coincidencia que llena de más sentido, si cabe este acto– ofrece ante nuestros ojos, tristes testigos de un fin de siglo asolado por el odio y la insensatez de algunos pueblos y sus gobiernos, una estatura moral y humana, un modelo de honestidad y solidaridad que va más allá, que trasciende su valiosa dimensión literaria. «Nada humano le es ajeno» ha dicho de él alguno de sus apologetas y, ciertamente, así es. Por esta razón, el homenaje que hoy la Universidad de Granada quiere brindarle a través de este acto en el que sin duda se manifiesta el sentir de los hombres y mujeres que la constituyen, se dirige igualmente a la profunda significación social y espiritual que su figura representa para todos los pueblos de buena voluntad.

Nicaragua ha sido y es, sin duda, tierra de poetas. Pocas veces el tópico responde a una realidad tan significativamente histórica como en el caso que nos ocupa y, pocas veces, un tópico literario se ha rellenado tanto con la vitalidad social y la trascendencia humana de un pequeño país, protagonista excepcional de nuestra historia contemporánea. Ya desde el pasado fin de siglo, cuando la inabarcable figura del gran vate introductor de las ansias modernas en la literatura hispánica, usa la figura del ave emblemática, símbolo del arte y la poesía, para lanzar una llamada de atención profética al incierto futuro:

«¿Seremos entregados a los bárbaros fieros?

¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?

Nicaragua ha ocupado un desgraciado y central papel, dentro del nuevo orden mundial que habría de desarrollarse a lo largo del presente siglo, basado en el imperialismo político y económico que el llamado Primer Mundo ejercerá sin pausa y sin clemencia sobre los llamados países subdesarrollados. El mismo Rubén Darío sería testigo de la famosa disposición Knox y de la dimisión obligada del gobierno liberal de José Santos Zelaya, intervención que denunciaría activamente en sus colaboraciones en la prensa europea. Del mismo modo, en el artículo titulado «El fin de Nicaragua» y publicado en «La Nación» de Buenos Aires en 1912 expresará su temor de que se produzca la invasión de su país por parte de los marines norteamericanos y se repitan las atrocidades que él contempló en su juventud. Efectivamente, unos meses más tarde esa invasión se produce y se suceden los hechos desgraciados: el general Benjamín Zeledón es atado a unos caballos y despedazado, aunque los ojos que ahora quedan impresionados por la crueldad son los de otro niño, Augusto César Sandino.

Esa inevitable ligazón entre poesía y política se irá estrechando más y más a lo largo del siglo XX. Escritores como Salomón de la Selva, Alfonso Cortés, Manuel Cuadra, Pablo

Antonio Cuadra, Joaquín Pasos, Juan Francisco Gutiérrez, Ernesto Mejía Sánchez, Carlos Martínez Rivas, etc., se verán obligados a poner su palabra poética al servicio de las reivindicaciones y denuncias sociales de un pueblo especialmente castigado por la historia.

No obstante, la formación poética de Ernesto Cardenal se inicia en el interior de una atmósfera y un magisterio muy distintos a esta tradición anteriormente señalada. Será José Coronel Urtecho, líder del llamado «Movimiento de Vanguardia» y cuyo período de influencia poética comienza en torno al año de nacimiento del propio Cardenal, quien le inicie en el camino de la profesionalidad poética poniéndole en contacto con modos poéticos que marcarían profundamente su estilo posterior, desde Ezra Pound a la Beat Generation. Tanto el «Movimiento vanguardista» como el propio Urtecho, su líder más recalciante, se alinearon del lado de la dinastía Somoza, defendiendo principios políticos fascistas y franquistas no sólo en el período inaugural de las vanguardias, sino incluso en los años sesenta cuando se autoproclaman, muy significativamente, La Generación Traicionada.

No obstante, ni Cardenal, ni sus compañeros de la llamada «generación del 40» aprenderían de estos mentores vanguardistas algo más que extraordinarios recursos literarios, muy útiles para su evolución posterior. Ya en 1952, una vez acabados sus estudios en E.E.U.U. y España, Ernesto Cardenal participa en la llamada «Conspiración de abril» contra el dictador Somoza cuyo fracaso le obligó a exiliarse. De esta época son sus primeros poemas, los agrupados más tarde bajo el título de Epigramas y que habrían bastado, como sabemos hoy, para proporcionarle un lugar destacado en la poesía latinoamericana del siglo XX. En ellos, mezclando a partes iguales sentimientos amorosos con necesidades políticas, Cardenal destila un ingrediente que estará ya desde ese momento presidiendo la construcción de toda su poesía posterior, la ternura:



«Me contaron que estabas enamorada de otro  
y entonces me fui a mi cuarto  
y escribí este artículo contra el Gobierno  
por el que estoy preso».

Ternura y sentimentalidad revolucionaria que, como ha estudiado Luis García Montero, caracterizan a toda una serie de grandes poetas latinoamericanos actuales –Benedetti, Dalton, Parra, etc.– preocupados del mismo modo que Cardenal por revolucionar los sentimientos a la par que las sociedades.

A mediados de la década de los cincuenta, Cardenal es ya un más que notable poeta y decidido anti-somocista, pero aún le quedaba por experimentar otra de las vidas que la providencia le tenía reservada. Él mismo nos explica esta transformación con las siguientes palabras: «Un día de junio de 1956 el amor a Dios con una fuerza irresistible me hizo renunciar a todo: para que se entienda mejor debo escribir subrayándolo: *todo*.». Y así fue efectivamente, Cardenal ingresa en el monasterio trapense de Nuestra Señora de Getsemaní en Kentucky, bajo la protección del religioso y poeta Thomas Merton, otro de los hombres que más influirán en su vida. Junto a él concibe uno de sus grandes proyectos: la comunidad de Solentiname, en el que se unen indisolublemente las preocupaciones trascendentes y sociales que van conformando el futuro destino del poeta. El proyecto tendría que esperar aún algunos años y en el intervalo se suceden la formación sacerdotal y la consolidación poética. *Getsemaní Ky*, *Salmos*, *Oración por Marilyn Monroe* van jalonando la trayectoria de una voz que, poco a poco, comienza a ser el eco de, al menos, una parte de América, la de los desheredados:

«No me siento con ellos en sus mesas redondas  
Ni brindo en sus banquetes  
«No pertenezco a sus organizaciones  
ni estoy en sus partidos

ni tengo acciones en sus compañías  
ni son mis socios  
Lavaré mis manos entre los inocentes  
y estaré alrededor de tu altar Señor.  
No me pierdas con los políticos sanguinarios  
en cuyos cartapacios no hay más que el crimen  
y cuyas cuentas bancarias están hechas de sobornos»

En estos versos, podemos apreciar muy claramente de qué índole será el compromiso religioso que Cardenal va edificando en estos años, a qué Iglesia, a qué Comunidad Cristiana está decidido a comprometerse. Y la prueba definitiva llegará en 1965, por fin se ordena sacerdote en Managua y funda la comunidad de Solentiname. Los primeros tiempos son difíciles, teniendo en cuenta además la situación que atraviesa el país bajo la dictadura de Somoza, pero muy pronto la solidaridad internacional hace que la comunidad pueda seguir adelante durante algunos años, antes de que la guardia somocista la destruya bárbaramente.

No obstante, en ese período se sucedieron una serie de hechos que irían radicalizando hacia lo social la profesión religiosa del Padre Cardenal. En 1970 viaja por primera vez a la Cuba revolucionaria y allí tendrá lugar, como él mismo ha señalado, su segunda conversión: «En el año 1970 hice mi primer viaje a Cuba y allí tuve lo que he llamado mi segunda conversión. Después de mi conversión a Dios, mi conversión a la revolución». A partir de este momento, Cardenal y la comunidad se radicalizan, alineándose francamente en las filas de la llamada Teología de la Liberación, comenzando a sentirse – como el propio Cardenal ha señalado– «cristianos marxistas» y finalmente alistándose en el Frente Sandinista, lo que acarrearía como hemos visto la trágica desaparición de la comunidad. Años que no dejan de tener sus libros: *Dráculo en Managua*, *El evangelio de los campesinos de Solentiname*, *En Cuba*, etc.

Cardenal y los miembros de la comunidad contribuirán decisivamente al triunfo de la Revolución Sandinista que se logra, al fin, en Julio de 1979. Desde entonces, con una caja de zapatos en una mano para guardar el presupuesto del Ministerio de Cultura y con su cristianismo revolucionario en otra, Cardenal desempeña distintas tareas en favor de la reconstrucción cultural y humana del pueblo nicaragüense:

«Cuántos rostros juntos,  
son como 2.000 jóvenes,  
miles de pelos rubios, trigal ondulante,  
el sol tras los ventanales haciendo rebrillar el  
/trigal  
ondulante bajo el vaivén del viento de la  
/música electrónica  
.....  
Todos los rostros formaban juntos un solo rostro  
/de todos  
y un solo rostro de uno.  
En la superficie del planeta.  
Dusseldorf cada vez más cerca de Solentiname.  
Y la unión en las peticiones.  
Uno: «Señor,  
que en Nicaragua se realice todo lo que allí  
/sueñan».  
Y otro oró:  
«Que en el mundo haya muchas Nicaraguas».

Desgraciadamente, «cierto mundo» no estuvo dispuesto a admitir ni siquiera la existencia de una sola Nicaragua. Casi inmediatamente la paz, los «vuelos de victoria» se transformaron en una nueva guerra, si cabe más confusa y sangrienta que la anterior. Guerra que Cardenal debió librar en dos frentes: el social y el espiritual. Efectivamente la Teología de la Liberación, encaramada al gobierno sandinista de la nación (no sólo Ernesto sino también Fernando Cardenal, Miguel D'Escoto, Edgar Parrales, etc.), tuvo en Nicaragua uno de sus bastiones

más simbólicos y padeció, por tanto, el hostigamiento, las sanciones y las exclusiones de Roma que culminaron con aquel patético episodio de la visita de Juan Pablo II en el que Cardenal volvió a dar una lección poética de humildad y cristianismo militante, digna de todo su apostolado anterior.

No obstante, todavía quedaba por beber el cáliz más amargo. La paz para Nicaragua, el cese del hostigamiento exterior, la necesaria reconstrucción del pueblo, exigirían el sacrificio del Frente Sandinista y, en cierto modo, de todos los principios defendidos por Cardenal y Solentiname, el reconocimiento de la derrota electoral y el ejercicio de la oposición democrática en un país en el que la democracia burguesa y occidental fue tradicionalmente una burla sangrienta.

¿Punto y final? No lo parece, no creemos que en un mundo convulsionado por la sangre de la historia pueda prescindir en estos momentos de modelos tan ejemplares como el que Cardenal representa. Cuando se destruyen pueblos enteros en nombre del derecho internacional, cuando las naciones «civilizadas» son incapaces de arbitrar soluciones que no pasen por la destrucción y la muerte, el ejemplo de un hombre que dió continuamente su vida por la construcción de un mundo, al menos un pequeño y dulce mundo como Nicaragua, regido por el amor y la poesía puede, más que nunca, abrir un resquicio de esperanza a los hombres de buena voluntad.



DISCURSO PRONUNCIADO POR DON  
ERNESTO CARDENAL .



Sr. Rector de la Universidad de Granada  
Cuerpo de Catedráticos de la Universidad  
Alumnos de la Universidad  
Poeta Rafael Alberti  
Amigos y Compañeros:

Decir que yo no merezco este honor, *Honoris Causa*, Sr. Rector, lo considero que es una obviedad, una perogrullada como decimos los españoles a un lado y otro del Atlántico. Un «No merezco» que ni siquiera merece ahondar en ello. Más bien paso a decir que el doctorado no es para mí sino para otro. Un otro que son muchos, es el pueblo de Nicaragua, y en ello sí podría ahondar después.

Es para mí como un sueño el que en esta ensoñada Granada me toque el evento de hoy. Granada, ciudad que cuando yo la visité por primera vez a los 24 años me produjo un enamoramiento como una mujer, y sentí que era de esas ciudades que le dejan después a uno una nostalgia como la de una mujer. No dejó de influir en ello el que yo hubiera nacido también en una Granada de Nicaragua, fundada por andaluces y que por cierto conserva cierto vago, humilde recuerdo, de esta Granada, la gran Granada. Y como un sueño también el que esto sea con Rafael Alberti. En mi adolescencia en aquella Granada, las primeras lecturas de Alberti y Lorca –los dos iguales para mí, sin que fuera más Alberti que Lorca ni Lorca que Alberti– fueron el descubrimiento de la poesía, como Alberti ha dicho que

para él en su adolescencia las primeras lecturas de Darío fueron el descubrimiento de la poesía. Alberti había pasado por Nicaragua, y yo adolescente cómo lamentaba no haberlo visto ni aún haber sabido de su pasada, pues tendría como 9 años entonces. Pasó por Nicaragua y fue el primer poeta del mundo que cantó a Sandino. Y qué me iba a imaginar yo que después nos veríamos en un segundo viaje de él a Nicaragua, en la aurora de la revolución sandinista, y en otras partes más y aún seríamos amigos, ya viejos amigos. Y ahora yo con él aquí como en un sueño en la Granada de él y Lorca.

Y esta Granada que ahora ya me es familiar por otros motivos, por su calurosa solidaridad con el pueblo de Nicaragua. Cómo olvidar aquella Plaza de Toros colmada de pueblo agitando banderas y encendiendo luces en aquel Abril por Nicaragua de 1987. Aquella jornada en que estuvimos juntos en recitales, conferencias, exposiciones, conciertos y actos culturales, en Granada y en Santa Fe, muchos poetas, de Granada y de mi país y otras partes, y también con Rafael Alberti.

La solidaridad del pueblo granadino y español para con Nicaragua mucho lo agradecemos, y mucho se necesita. Nicaragua, a pesar de la agresión de tantos años de los Estados Unidos ha hecho una revolución con muchos logros. Y uno de esos logros fue el modelo que se propuso como revolución. Fue el de una revolución democrática. Mucho antes de la Perestroika este modelo fue de pluralismo político, partidos de oposición, libertad de prensa, economía mixta, respeto a los derechos humanos.

Unas elecciones libres, justas y honestas siempre significa la posibilidad de perderlas. Y fueron tan libres, justas y honestas, que el Frente Sandinista las perdió. Elecciones en que un partido jamás pudiera perderlas no serían verdaderas elecciones sino una falsa democracia y por tanto una falsa revolución. Nicaragua ha dado así una lección de democracia. La revolución de Nicaragua ganó perdiendo las elecciones. Y un caso

único en la historia ha sido el que una revolución habiendo perdido el gobierno no cesa de ser revolución sino que pasa a ser un partido de oposición, una revolución democrática en la oposición. Las elecciones se perdieron por las presiones tan fuertes de los Estados Unidos, militares y económicas, que hicieron que un sector de la población (no numeroso por cierto) aún estando con el Frente Sandinista votaron por otro gobierno que los librara de esas presiones. Las elecciones fueron en realidad entre la revolución y los Estados Unidos. Y en este sentido las elecciones no fueron libres. El teólogo Julio Girardi ha dicho: «Estas elecciones no son de naturaleza esencialmente diversa de una agresión militar, y la derrota sufrida no tiene un fundamento diverso del que habría tenido una derrota militar». Pero el ejemplo claramente demostrado de una revolución democrática se mantiene. La revolución persiste. Y la lucha sigue.

Acaba de terminar la III Guerra Mundial, que fue sin armas nucleares y se llamó guerra fría. Terminó con la caída del muro de Berlín, y la ganó el imperialismo norteamericano. Ahora sólo queda una superpotencia, que es ésta, y estamos de cara a la IV Guerra Mundial, que será entre el imperialismo norteamericano y el Tercer Mundo. Tampoco será con armas nucleares y tampoco será guerra fría. Será para nosotros una lucha por la paz y la vida. Y esta lucha tendrá que perderla el más fuerte, y ganarla los pobres de la tierra. También en ese sentido dije que la lucha sigue, porque esa lucha de Nicaragua no es sólo del pueblo de Nicaragua.

Podrá pensarse que estas breves palabras están muy cargadas de política, pero es una política, ésta de Nicaragua, no ajena a la poesía, como la poesía nicaragüense no es ajena a la política. Pueblo-poeta es el de Nicaragua (como también Andalucía es un pueblo-poeta) y ese es el pueblo que creó a Darío y Sandino. Y también puede decirse al revés: un pueblo creado por Darío y Sandino. O sea es un pueblo poeta y un pueblo en lucha. Un pueblo que ha dado una gran lección en la his-

toría actual, es muy justamente merecedor de un Doctorado Honoris Causa. Y un pueblo que ha creado el mejor poema de su literatura, la Revolución Popular Sandinista. Yo sólo estoy aquí para decir en nombre de ese pueblo: *Gracias*.